

FLUCTUAT NEC MERGITUR¹

El psicoanálisis en el siglo XX

ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura
CLXXXIII 723 enero-febrero (2007) 7-25 ISSN: 0210-1963

Silvia Tubert

*Doctora en Psicología. Psicoanalista
San Ernesto 6. Esc.5. 1.ºB. 28002 Madrid
stop@correo.cop.es*

ABSTRACT: *The anniversary of Freud's birth has been "celebrated" with several articles which show both the ignorance about his work and the passion and lack of logic of the critiques. The virulence of the attacks suggests that the rejection is less intellectual than emotional and proves, besides, the vitality of psychoanalysis. It is not only a method of research of the unconscious which has psychotherapeutic effects and a theory that accounts for the findings of that method; its discoveries represented a radical change in the idealized conception of the illustration's subject, calling into question his narcissistic self-representation. It is pertinent then to consider the concepts which hurt that image. Nevertheless, the majority of critiques refer to psychoanalysis as a psychotherapeutic method, so it is interesting to contrast them with the technical principles exposed by Freud, in order to show their arbitrariness, which can only be based on ignorance or on resistances.*

KEY WORDS: *Psychoanalysis, resistances, unconscious, narcissism, drive, free association, transference.*

RESUMEN: El aniversario del nacimiento de Freud ha sido "celebrado" en los medios con una serie de artículos caracterizados tanto por el desconocimiento de su obra como por el apasionamiento y la falta de lógica de las críticas. La virulencia de los ataques sugiere que el rechazo es menos intelectual que emocional y, asimismo, confirma la vitalidad del psicoanálisis. Este no es sólo un método de investigación de lo inconsciente, con efectos psicoterapéuticos, y una teoría que da cuenta de los hallazgos de tal método; sus descubrimientos representaron un cambio radical en la concepción idealizada del sujeto de la ilustración, cuestionando su auto-representación narcisista. Por ello, es pertinente revisar los conceptos que atentaron contra esa imagen. Como la mayor parte de las críticas actuales se refieren al psicoanálisis como método psicoterapéutico, interesa contrastarlas con los principios técnicos expuestos por Freud, para mostrar hasta qué punto aquellas carecen de fundamento y se basan en el desconocimiento o en las resistencias.

PALABRAS CLAVE: Psicoanálisis, resistencias, inconsciente, narcisismo, pulsión asociación libre, transferencia.

I. LAS RESISTENCIAS CONTRA EL PSICOANÁLISIS

El 150.º aniversario del nacimiento de Freud ha motivado la publicación de ingentes artículos y comentarios, tanto en periódicos y revistas como en los medios radiofónicos y televisivos. En términos generales, no se cuestiona el lugar que, sin duda alguna, ocupa el homenajeado en la historia de la cultura y se valoran sus originales aportaciones al pensamiento contemporáneo, su mérito como investigador infatigable y la excelencia de su escritura. Sin embargo, con sorprendente frecuencia², a ese reconocimiento se añade la afirmación de que el psicoanálisis como método psicoterapéutico no tiene validez alguna o bien que ha sido superado. Curiosamente, en más de una ocasión se ha llegado a definir a Freud como "médico y escritor", lo que sin dejar de ser cierto lo despoja de lo primordial; no conmemoramos por cierto su nacimiento porque haya ejercido la medicina ni por la calidad de

su prosa, merecedora del premio Goethe de literatura en 1930. Más allá de la veracidad de estos enunciados, constituye una grave distorsión no poner el acento en lo esencial: la creación del psicoanálisis. Su identidad –la que nos interesa hoy– se construye a partir de su obra; su singularidad radica en haber sido el primer psicoanalista.

Es posible que la celebración de aspectos que, sin carecer de importancia, dejan al margen la médula, constituya un recurso retórico destinado a conferir credibilidad al rechazo a las bases del descubrimiento freudiano y a su método psicoterapéutico, al que se tacha de anacrónico, ineficaz o carente de rigor. Sin embargo, es obvio que nadie se ocuparía de cuestionar teorías o métodos científicos que efectivamente hubieran sido superados o cuya falsedad o ineficacia hubiesen sido fehacientemente demostrados.

Es evidente que el psicoanálisis, como cualquier otra teoría, como cualquier otro método, puede y debe ser objeto de una permanente vigilancia epistemológica, sobre todo por parte de quienes lo practican y lo transmiten. Una de sus enseñanzas fundamentales es que el desconocimiento de ciertos aspectos de nuestro propio ser no puede dejar de tener efectos sobre la elaboración teórica misma. Por un lado, permite acceder a la consciencia de los límites del conocimiento; por otro, desenmascara el doble carácter de toda elaboración teórica que, en cuanto producto del proceso secundario, revela tanto como encubre; genera cierto saber en la misma medida en que oculta el orden del deseo que pone en movimiento al proceso cognoscitivo; todo lo que se formula en el plano del *enunciado* deja en la penumbra al sujeto de la *enunciación*. Debemos recordar además que la contradicción es inherente al modo de funcionamiento de lo inconsciente y por lo tanto no puede dejar de marcar la lógica del psicoanálisis. No podemos situarnos en la perspectiva psicoanalítica sin contar con la emergencia permanente del conflicto y la paradoja; no se trata entonces de resolverlos ilusoriamente sino de articular el sentido a partir de ellos, ya que no son contingencias sino condiciones de posibilidad de la teoría.

No se comprende, en consecuencia, que se lo considere dogmático; se trata de una disciplina cuyas proposiciones no son definitivas y de hecho han sido reelaboradas, reformuladas y reinterpretadas por el mismo Freud a lo largo de su vida y por sus discípulos en el curso de los años transcurridos desde su muerte. Como se sabe, existen diversas corrientes dentro del movimiento psicoanalítico que, lejos de ser monolítico, es saludablemente rico en polémicas y controversias. La reiteración de los ataques pone en evidencia, entonces, que el muerto goza de muy buena salud. ¡Freud sigue cumpliendo años!³

El más ligero examen revela que las críticas, en su mayor parte, no resultan de análisis serios y rigurosos, en cuyo caso serían bienvenidas, sino que se formulan desde la ignorancia o la mala fe y no resisten la confrontación con los textos teóricos ni con los informes clínicos.

¿Cómo es posible que se considere perimido al psicoanálisis y al mismo tiempo se lo combata, negando que se trata de un proceso continuo de investigación, elaboración teórica y auto-cuestionamiento?

Freud mismo se ocupó de esta cuestión y todavía tienen validez sus palabras acerca de la recepción de la teoría de las neurosis: "... semejante orientación científica no podía agradar a la generación médica de entonces, educada en el sentido de la valoración exclusiva de los factores anatómicos, físicos y químicos, sin estar preparada para apreciar lo psíquico" (Freud, 1981h, 2802). Pero actualmente el rechazo no es privativo del orden médico: también desde la perspectiva de la psicología pretendidamente "científica" se considera al psicoanálisis como un sistema especulativo y no se reconoce que se basa "en una paciente y afanosa elaboración de hechos" (Freud, 1981h, 2803). Es indudable que lo inconsciente no es observable, pero sí lo son sus efectos en el discurso, los actos y las producciones de los seres humanos. El psicoanálisis construye, como toda ciencia, modelos teóricos que –en ello radica su singularidad– se desarrollan y *se ponen a prueba* en la práctica clínica. Finalmente, es imposible abordar el estudio de la *subjetividad*, del sentido y, en términos generales, de la complejidad de lo humano con los métodos utilizados por las ciencias experimentales. Los intentos de hacerlo han conducido a propuestas simplificadoras y reduccionistas que, en última instancia, disuelven el nivel de lo psíquico.

De todos modos, como señalara Freud, el rechazo mencionado puede explicar "la recepción indignada y reticente que los círculos científicos dispensaron al psicoanálisis, pero no permite comprender cómo se pudo llegar a esos estallidos de furia, sarcasmo y desprecio, al abandono de todos los preceptos de la lógica y del buen gusto en la polémica" (Freud, 1981h, 2804). Aún hoy, sorprende encontrar tal abandono de la lógica y el buen gusto en los textos "conmemorativos" de su aniversario. Baste mencionar, a título de ejemplo, un artículo de Isidoro Reguera en el que, por un lado, afirma que

"Hay que reconocer la *grandeza* de Freud por el hecho, sobre todo, de haber iluminado fuerzas oscuras que limitan los poderes de la razón. Pero eso fue también *un gran acto de ilustración*. Mediante él liberó al siglo XX de la opresión e hipocresía victorianas, puso al descubierto los efectos patológicos de la represión sexual, la sexualidad infantil, los aspectos oscuros de un yo considerado puro, señor de sí mismo y del mundo, hasta entonces. (...) Enseñó que los síntomas neuróticos son representaciones de conflictos emocionales inconscientes e ideó *métodos clínicos* por los que los factores ocultos en la etiología de la enfermedad pueden salir a

la luz. La comprensión de la cultura, el arte y de la religión es otra también después de él..." (Reguera, 2006, 16)⁴

Por otro lado el autor reproduce, sin cuestionamiento alguno, ciertos argumentos *ad hominem* de Louis Breger, que no sólo son irrelevantes a la hora de evaluar una teoría sino, además, erróneos. Así, por ejemplo, las ideas básicas del psicoanálisis "serían generalizaciones indiscriminadas, invenciones surgidas de la necesidad de Freud de convertirse en un poderoso héroe científico racionalizando sus miserias" y que responderían "a un intento de Freud de sobreponerse a la pobreza y carencias infantiles." Pero ¿no se trataba de "un acto de ilustración"? El lenguaje empleado en este artículo es más propio de un panfleto denigratorio que de un análisis crítico: a las reuniones que Freud mantenía con sus primeros discípulos –que hoy llamaríamos seminarios– se las califica de "concliliábulo", en los que "maquinaba" una conquista teórica del mundo "como un malo de cómic"; "casi un conventículo judío de novela negra." ¿Cómo puede luego hablar de "la grandeza de Freud", afirmar que tanto el psicoanálisis como su autor "siguen suscitando un interés enorme", que "el psicoanálisis no ha pasado de moda: se ha ampliado clínicamente, por una parte, y se ha extendido más allá de la práctica clínica, por otra, hasta convertirse en una forma de pensar o en un enfoque de la experiencia humana característicos de nuestra cultura"? (Reguera, 2006, 16). Aunque está claro que su autor no es un interlocutor válido, cito este texto porque no ha sido único en su género: los medios convocan, con frecuencia, a personas no calificadas para hablar sobre cuestiones que desconocen y aquellas lo hacen a la ligera, contribuyendo a la desinformación y a la degradación cultural reinantes. Bastará mencionar, como prueba de ignorancia y falta de honestidad, un artículo en el que se incluye al conductismo y al cognitivismo como parte del legado de Freud. Skinner figura como uno de sus herederos, aunque se menciona que "siguió los pasos de Watson al ignorar las motivaciones inconscientes"⁵.

El apasionamiento y la falta de lógica de este tipo de reacciones sugieren, como ya había observado Freud, que las resistencias contra el psicoanálisis son en su menor parte de índole intelectual, en tanto la mayor parte arraiga en la afectividad. Estamos ante una teoría que ha puesto en cuestión la auto-representación narcisista del ser humano, alineándose con otras formulaciones que habían herido profundamente su amor propio. La primera afrenta,

que Freud califica de *cosmológica*, fue la infligida por el descubrimiento de Copérnico: el planeta habitado por la humanidad no es el centro del universo sino que se mueve en torno al sol. La segunda, *biológica*, corresponde a las investigaciones de Darwin: la humanidad no tiene un origen divino sino que procede de la escala zoológica y está emparentada con otras especies. La tercera, *psicológica*, consiste en la afirmación freudiana de que lo psíquico no coincide con la consciencia; una parte de la vida psíquica, trátase de representaciones o de pulsiones, escapa al conocimiento y al control del yo: "El yo no es dueño y señor en su propia casa. (...) No es de extrañar, por tanto, que el yo no acoja favorablemente las tesis psicoanalíticas y se niegue tenazmente a darles crédito" (Freud, 1981g, 2436).

Los motivos de las resistencias contra el psicoanálisis no han variado mucho en los ochenta años transcurridos desde que Freud se ocupara del tema porque la sociedad no acepta fácilmente que se cuestionen sus creencias y menos aún en un momento como el presente, en que domina el utilitarismo. Patrick Juignet sostiene, sin embargo, que el lugar del psicoanálisis en la sociedad occidental ha ido variando en función de las fuerzas ideológicas que estaban en juego en distintos momentos. Perseguido tanto por el nazismo como por el stalinismo, conoció un renacimiento después de la segunda guerra mundial: sus principios y su práctica se extendieron a diversos ámbitos, como hospitales y escuelas. Pero después de un período en el que había encarnado las esperanzas de liberación de toda una generación y se había desarrollado ampliamente, entre los años 60 y 80, se produjo un retroceso (Juignet, 2006, 200).

Es cierto que el descubrimiento de que los síntomas neuróticos tienen un origen psíquico y no orgánico influyó poderosamente en la psiquiatría dinámica que privilegiaba el determinismo psíquico. Sin embargo podemos decir, sin cuestionar su valor intrínseco sino su extensión abusiva, que el desarrollo de los psicofármacos y los ingentes avances de la biología, en especial de la neurofisiología, tuvieron el efecto colateral de exacerbar las resistencias. Apoyándose en la psicofarmacología, la psiquiatría reemplazó al modelo nosográfico por una clasificación de las conductas, y a la psicoterapia por el intento de eliminar los síntomas. De este modo se deja al margen la incómoda subjetividad –junto a la significación– que no se puede medir ni cuantificar.

Roudinesco habla de una verdadera "derrota del sujeto" al referirse a las prescripciones psicofarmacológicas actuales, al enfoque biopolítico del sufrimiento psíquico como mero reflejo de alguna anomalía química en el organismo, al tratamiento de todo conflicto neurótico como depresión. El cientificismo se ha erigido en una especie de religión, que niega todo lo que depende del orden fantasmático o de lo imaginario, en tanto las ciencias cognitivas, que consideran que lo mental y lo neurobiológico son dos caras de una misma moneda, "valorizan al hombre-máquina en detrimento del hombre deseante" (Roudinesco, 2000, 16). En consecuencia, se potencian "los procesos psicológicos de normalización en detrimento de las diferentes formas de exploración del inconsciente" (Roudinesco, 2000, 18). El poder de los medicamentos es, para la autora, síntoma de una modernidad que prefiere el silencio al lenguaje. El reproche de que la cura psicoanalítica es muy larga y costosa sólo se justifica desde la perspectiva liberal que somete la clínica a criterios de rentabilidad. No hay que olvidar el papel que desempeñan en este proceso los laboratorios, que subvencionan investigaciones y publicaciones. Así, bajo la máscara de la modernidad, se prescribe un medicamento para cada síndrome y se ponen los avances científicos al servicio de una ideología que se niega a reconocer la dimensión subjetiva al reducir al ser humano a mero organismo.

Debemos tener presente, sin embargo, que no es frecuente que los científicos sean partidarios del reduccionismo que conduce a la negación de la subjetividad. La mayoría acepta la idea de que existen diferentes niveles de integración de lo real, que son estudiados por distintas disciplinas que desarrollan otros tantos niveles de análisis. El neurobiólogo alemán Gerhard Roth, por ejemplo, afirma que "le debemos a Freud la teoría más amplia del psiquismo. Y al menos en tres aspectos la neurociencia confirma hoy sus hipótesis: lo inconsciente influye más en lo consciente que a la inversa; lo inconsciente se origina mucho antes que los estados conscientes; y el yo consciente conoce poco los fundamentos de sus deseos y acciones" (Roth, 2006, 36). El investigador considera que la administración de psicofármacos que no se acompaña de psicoterapia "tiene a menudo consecuencias funestas" y sostiene que "El cerebro es un órgano social. Lo que podemos estudiar directamente como neurobiólogos es el aparato mismo pero no los significados que procesa. Sobre ello nos informan las ciencias del espíritu y las ciencias sociales" (Roth, 2006, 37). Es decir, su interés por estudiar las relaciones entre

psicoanálisis y neurobiología es ajeno a todo reduccionismo; la neurociencia no puede explicar lo que concierne al orden del sentido.

Asimismo, Gerald Edelman, neurobiólogo norteamericano y premio Nobel de Medicina, considera que lo inconsciente, en el sentido freudiano, es una noción indispensable para la comprensión científica de la vida psíquica. Edelman comparte la opinión freudiana de que la hostilidad al psicoanálisis depende menos de la discusión científica que de la resistencia de los expertos a su propio inconsciente (Roudinesco, 2000, 52).

El libro *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, escrito conjuntamente por un neurobiólogo y un psicoanalista, propone "hipótesis para un modelo del inconsciente que integre los datos recientes de la neurobiología con los principios fundadores del psicoanálisis" (Ansermet y Magistretti, 2006, 17). Los autores reconocen que las neurociencias y el psicoanálisis son dos campos inconmensurables, puesto que la realidad neurobiológica y la vida psíquica tienen características totalmente diferentes. No se trata de que pierdan sus propios fundamentos para confundirse en un impreciso sincretismo ni en una imposible síntesis; sino de reemplazar el vago concepto de interacción por el de *plasticidad neuronal*, que articula dos ejes de determinación: el genoma y el ambiente. En efecto, los autores demuestran que "lo psíquico marca lo orgánico y afecta a la materia, pues deja huellas materiales, concretas, acordes con la experiencia" (Id., 28-29).

Estos desarrollos confirman la idea de que el rechazo al psicoanálisis tiene poco que ver con los avances de la ciencia. En consecuencia, considero pertinente centrar mi exposición en dos cuestiones: en primer lugar, los aspectos de la teoría que atentaron en mayor medida contra la imagen idealizada del sujeto de la ilustración suscitando un rechazo irracional. En segundo lugar, las bases del método psicoanalítico tal como aparecen en los textos de Freud, que muestran con claridad el carácter infundado de la mayor parte de las críticas.

II. LA CONCEPCIÓN PSICOANALÍTICA DEL SUJETO

El psicoanálisis no es sólo un método de investigación de lo inconsciente, con efectos psicoterapéuticos, y una

teoría que da cuenta de los hallazgos de tal método; sus descubrimientos representaron un cambio radical en la concepción del ser humano sobre su propia naturaleza. Como vamos a ver, su carácter de pensamiento crítico por excelencia contrasta ostensiblemente con las acusaciones de dogmatismo.

La crítica del sujeto

Los descubrimientos freudianos subvirtieron la noción de sujeto, vigente en la filosofía y en la psicología de la consciencia, infligiéndonos una profunda herida narcisista, aunque sin incurrir en la afirmación nihilista de la muerte del sujeto.

1. La noción de inconsciente rompe con la idea de un sujeto auto-consciente, dueño de sus actos y de su voluntad. El sujeto freudiano es el sujeto de deseos que él mismo desconoce. Si el yo alcanza el éxito en su lucha contra los deseos que le resultan inaceptables a través de la represión de los mismos, no deja de pagar un alto precio por ello: la auto-mutilación que supone haber enajenado algo que le atañe íntimamente y de lo que, además, sólo imaginariamente se ha desembarazado, ya que en cualquier momento puede retornar lo reprimido dando lugar a la formación de síntomas que habrán de limitarlo. El yo, sometido a aquello mismo que pretende rechazar, no es el centro de la personalidad; el descentramiento del sujeto supone que la unificación y la totalización, a las que tiende el yo, sólo pueden ser imaginarias y el sujeto se constituye como tal en tanto escindido. De modo que esta concepción choca contra las aspiraciones del yo, que responde resistiéndose a aceptar que la imagen que tiene de sí mismo es ilusoria.

2. La desnaturalización de la sexualidad se produce merced a la ruptura de Freud con la concepción vulgar –también la de la ciencia de su época– que sostenía que la sexualidad aparece en el momento de la pubertad, que tiene un objeto natural –un adulto del otro sexo– y cuyo fin es la procreación.

Al referirse a la pulsión (*Trieb*), relegando la noción de instinto (*Instinkt*) al mundo animal, Freud establece una ruptura entre el sexo, como función biológica al servicio de la reproducción, y la sexualidad específicamente humana que, en tanto tal, no es un dato natural sino que se construye en la compleja historia en la que el organismo

biológico se humaniza en referencia a los otros en el marco del orden simbólico, del lenguaje. La pulsión no tiene un *objeto* natural, predeterminado, adecuado, sino que habrá de *hallar* un objeto sexual en el encuentro con el otro. Las *fuentes* de la pulsión son diversas *zonas erógenas* que, si bien se organizan apoyadas en ciertas necesidades, como la alimentación y la excreción, sólo se tornan significativas en función de la relación que se establece a través de ellas con el otro, relación en la que se obtiene un placer que excede la satisfacción de la necesidad y se independiza de ella. Así, cada organismo se convierte en cuerpo erógeno de una manera singular, en la medida en que es libidinizado por otro –primordialmente, la madre– para quien tiene un valor significativo como objeto de deseo o de amor. Esta diversidad de zonas erógenas hace que tampoco los *finés* de la pulsión estén predeterminados ni se reduzcan al *acto heterosexual adulto*, como demuestra tanto el estudio de las perversiones como el de la sexualidad infantil. El cuerpo erógeno, del que se ocupa el psicoanálisis, no coincide con el anatómico, sino que se estructura a la manera de un mapa dibujado por los fantasmas en los que el sujeto representa la realización de su deseo. Originariamente el cartógrafo ha sido el deseo del otro –aspecto en el que ha insistido Lacan– articulado en los fantasmas que capturan al recién nacido.

La sexualidad comprende una *multiplicidad* de pulsiones *parciales* que buscan el placer independientemente unas de otras, lo que a su vez es fuente de contradicción y conflicto. Tampoco la genitalidad, término *ideal* de la evolución de la libido, garantiza el logro de la *unidad* ni de una *identidad* sexual definitiva, pues emerge en el terreno problemático e incierto de las pulsiones parciales.

Esta concepción desmonta la representación esencialista de la masculinidad y la feminidad. Hombres y mujeres no son tales *a priori* de la historia de su constitución como sujetos, que es al mismo tiempo la historia de su sexuación, es decir, de la asunción de una identidad en el seno de la diferencia entre los sexos. Masculinidad y feminidad no son puntos de partida sino de llegada, nunca suficientemente asegurados; en palabras de Freud, son "construcciones teóricas de contenido incierto" que se estructuran a través del pasaje por el complejo de Edipo (Freud, 1925, 2902). Su correlato, el complejo de castración, es la vertiente subjetiva de la ley que funda universalmente la cultura: el tabú del incesto. El sujeto sexuado es el que, al

ser atravesado por la castración, ha de reconocer que está privado de unidad y de plenitud; sólo podrá desear en la medida en que asuma esa *falta*.

Esto nos permite entender por qué se reprime precisamente lo sexual: la sexualidad se estructura en torno a un *corte* que opera el orden simbólico, correlativo a la herida narcisista que supone, *para ambos sexos*, el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica. Esa falta se articula, al mismo tiempo, con la falta de un objeto natural y preterminado de la pulsión. Así, la teoría sexual deconstruye las certezas ilusorias acerca del deseo y sus objetos y cuestiona una identidad que, al haber sido construida culturalmente como natural y hallarse dotada de significados fijos, impide formular preguntas y crear nuevas significaciones. Lo inconsciente resulta del rechazo del sujeto a enfrentarse con este *no-saber*, con este *enigma* que le plantea la sexualidad. Si bien el complejo de Edipo es el relato mítico de la articulación de los deseos incestuosos y hostiles con la prohibición y la culpa, al mismo tiempo muestra el carácter enigmático de la propia identidad: el Edipo de Sófocles rechaza y ordena el castigo de un personaje desconocido, pero este no es otro que él mismo.

3. La introducción del concepto de narcisismo supuso una profundización de la crítica del sujeto de la ilustración. Poco antes, Freud había intentado hacer coincidir la pulsión sexual con lo reprimido y la de auto-conservación con el yo, superponiendo el modelo pulsional con el modelo del conflicto psíquico que se encuentra en la base de las neurosis y haciendo del yo un agente de la adaptación a la realidad (Freud, 1910a). Pero no tardaría en presentar al yo como un *objeto* de la libido, una *imagen* de sí mismo, inicialmente corporal, un vestigio de identificaciones pasadas. La noción de "yo" es ahora dual: sede del control de la motricidad y de la inhibición de las pulsiones y, al mismo tiempo, función imaginaria (Freud, 1914b).

El narcisismo es un momento de la constitución del sujeto, en el que la libido toma como objeto al propio yo. No se trata, en realidad, de una instancia claramente diferenciada, puesto que el yo no se distingue aún del no-yo, sino de un primitivo esbozo que resulta de la identificación con el objeto primario –habitualmente la madre–. Es decir, lo que se constituye inicialmente como yo resulta de la fusión imaginaria con el objeto, que no es reconocido todavía como tal, como diferente, como otro. Así, incor-

pora las experiencias agradables, tomándose a sí mismo como fuente de todo placer, al tiempo que rechaza fuera de sí las displacenteras, configurándose como un *yo ideal*. El bebe es un objeto de amor para la madre –en el mejor de los casos– lo que le permitirá eventualmente tomarse a sí mismo como objeto de amor. Pero no acabaríamos de constituirnos como sujetos deseantes si quedáramos atrapados en esta posición; para ello será necesario diferenciarse del otro mediante la intervención de una instancia tercera. El cuerpo se ha *sexualizado* en la historia de una relación sobre la cual, precisamente, recae una prohibición. El niño o niña tendrá que desprenderse del cuerpo materno como referente erótico y esta función de *corte* se realiza merced a la interiorización del tabú del incesto. De este modo puede salir de la posición narcisista para acceder al universo simbólico y, más tarde, a la sustitución del objeto primario por otros, siendo la exogamia la contrapartida de la prohibición del incesto. El amor al objeto llevará para siempre la marca de su origen, configurándose como una suerte de rodeo para recuperar el narcisismo perdido: ser amado por un objeto idealizado permitirá al yo fusionarse imaginariamente con el primitivo yo ideal. He aquí otro paso en la desmitificación del yo y de sus sentimientos más desinteresados.

La ruptura del narcisismo supone el reconocimiento del otro como tal, lo que no resulta fácil. Si bien es cierto que no hay identidad sin alteridad, la existencia del otro exige una limitación del narcisismo: ya no puedo concebir a mi yo (mi pueblo, mi nación, mi cultura) como ideal, puesto que no lo engloba todo; hay otras posibilidades, otras perspectivas. La idealización de la propia identidad (personal o grupal) y el desprecio hacia los otros constituye una defensa narcisista, del mismo modo que el rechazo a "lo otro" que habita en nosotros. Por eso el concepto de narcisismo representó un paso importante en el proceso de desmistificación de la identidad y de los ideales colectivos como, por ejemplo, los nacionales.

4. Poco más tarde Freud opuso la pulsión de muerte –concepto formulado anteriormente por Sabina Spielrein– a la de vida. Aquella tiende a la reducción completa de la excitación, a conducir al ser vivo, en última instancia, al estado inorgánico. Orientada inicialmente hacia el interior del individuo y tendiente, en consecuencia, a la autodestrucción, habrá de manifestarse luego en forma de pulsiones agresivas o destructivas. En efecto, la libido se

une a la pulsión de muerte y le señala el camino hacia los objetos, lo que permite al sujeto desembarazarse de ella al derivarla hacia el exterior.

La introducción de este concepto responde, por una parte, a una necesidad estructural de la teoría puesto que, a partir de la introducción del concepto de narcisismo, el yo no se reduce a ser el agente de la auto-conservación sino que se convierte en objeto y reservorio de la libido, que desde él se orientará hacia los objetos. No hay pan-sexualismo alguno puesto que la teoría de las pulsiones ha sido siempre dualista; para definir la libido Freud la diferenció siempre de otro polo pulsional. Cuando auto-conservación y libido se integran en Eros, les opone Thanatos. Su introducción permite también dar cuenta de una cantidad de hechos clínicos que.

Ante todo, los fenómenos de *repetición*, imposibles de explicar desde la perspectiva de la búsqueda de satisfacción libidinal o del simple intento de dominar activamente las experiencias desagradables que se habían sufrido pasivamente. La compulsión a la repetición pone de manifiesto una fuerza irreprimible de apariencia *demoníaca*, independiente del principio del placer y capaz de enfrentarse a él. Eso le sugiere a Freud la idea del carácter regresivo de las pulsiones y lo conduce a considerar a Thanatos como pulsión por excelencia: "lo más pulsional de la pulsión". Al mismo tiempo, las nociones de ambivalencia, agresividad, sadismo y masoquismo, elaboradas a partir de la clínica de la neurosis obsesiva y de la melancolía adquirieron cada vez más importancia en la experiencia psicoanalítica.

La sexualidad ya no se presenta, entonces, como una fuerza disruptiva, perturbadora, sino que, bajo el nombre de Eros, se convierte en principio de vida y cohesión. En su lugar, algo aun más irracional se instala en el corazón del sujeto psicoanalítico: la esencia de lo inconsciente en tanto indestructible e inmodificable; la irreductibilidad de la tendencia a la destrucción que se revela en el sadomasoquismo; la articulación indisoluble, en fin, de todo deseo, ya sea agresivo o sexual, con el deseo de muerte (Freud, 1919).

La crítica de la cultura

Si bien el contexto de descubrimiento y de aplicación del psicoanálisis es la práctica clínica, Freud se ocupó amplia-

mente de la incidencia de lo inconsciente en la cultura. En *El porvenir de una ilusión* la define como "todo aquello en lo que la vida humana se ha elevado sobre sus condicionamientos animales" (Freud, 1927, 139). El orden cultural que configura la existencia humana presupone, a la vez que insta, un corte radical que constituye al sujeto al tiempo que lo escinde, en la medida en que lo aliena de la naturalidad animal.

La cultura es parte del reino de la necesidad (*Ananké*): los individuos no pueden sobrevivir aislados pero la vida en común requiere unas *normas* y una *organización* que impone *sacrificios* como la *renuncia* a la satisfacción de las pulsiones, especialmente las destructivas y antisociales. Ninguna cultura ha encontrado hasta ahora –decía Freud en 1927, pero lo podemos suscribir hoy– las instituciones adecuadas para influir en los individuos, desde la infancia, de manera tal que puedan *valorar el pensar* y experimentar los beneficios que proporciona, lo que les permitiría aceptar las renunciaciones mencionadas

La *prohibición* (*Verbot*), fundamentalmente del canibalismo, el incesto y el asesinato, establece el paso de la prehistoria animal a la cultura. Pero si la *privación* o *carencia* (*Entbehrung*) resultantes son comunes a todos los seres humanos, hay *otras* penurias que son específicas de algunos grupos, clases sociales o individuos. Freud denuncia la injusticia social al señalar que hay clases postergadas, explotadas, en la medida en que la satisfacción de unas minorías condena a la mayoría a un exceso de carencias y privaciones que inevitablemente genera hostilidad. Si el superyó (interiorización de las exigencias externas) representa un patrimonio cultural valioso como progreso psíquico, en tanto convierte a los individuos de enemigos de la cultura en soportes de la misma, no se puede esperar que tal interiorización de las prohibiciones culturales, en el caso de los oprimidos, no engendre descontento y rebeliones.

Es notable la vigencia de las observaciones de Freud acerca de los ideales culturales, que proporcionan una satisfacción *narcisista* a los miembros de una sociedad, pues se basan en el orgullo por sus realizaciones convertidas en modelo, orgullo realizado por la comparación con otros pueblos: según las diferencias halladas, cada uno se arroga el derecho a desvalorizar a los demás. La discordia entre diferentes pueblos o naciones tiene la función de contra-

rrestar la hostilidad a la propia cultura. Así, el desprecio a los otros compensa imaginariamente a las clases más desfavorecidas por las limitaciones que sufren.

Uno de los aspectos más significativos del acervo psíquico de una cultura es, para Freud, la *ilusión* constituida por sus representaciones religiosas. Éstas tienen su razón de ser en el desamparo (*Hilflosigkeit*) del ser humano ante las fuerzas naturales que no se pueden controlar, ante la naturaleza como destino, ante la realidad externa como *Ananké*. El prototipo infantil de esta situación es la indefensión del niño ante la pareja de los padres que, al mismo tiempo, lo protege contra los peligros de la vida. A partir de este modelo, mediante un proceso de realización de deseos similar al que opera en los sueños, el ser humano transformó las fuerzas naturales en *personajes* de carácter paterno, en *dioses* protectores y temibles a la vez. Con el tiempo, los dioses pasaron de la naturaleza al ámbito *moral*: su función consiste en compensar las exigencias, atender a los sufrimientos, velar por el cumplimiento de los preceptos que se consideran producto de los dioses, negar la aniquilación que supone la muerte. Si bien las representaciones religiosas surgen de la misma necesidad que las demás producciones –defenderse del abrumador poder de la naturaleza– se les añade otro motivo: el impulso a corregir las imperfecciones de la cultura.

Las representaciones religiosas son *ilusiones*, es decir, realizaciones de los deseos más antiguos, fuertes y urgentes de la humanidad. La divina providencia alivia la angustia ante los peligros de la vida; el establecimiento de un orden moral asegura la realización de la justicia; la esperanza de la prolongación de la existencia en una vida futura proporciona el marco espacial y temporal en el que se habrían de realizar tales deseos. Una *ilusión* no es lo mismo que un *error* ni es *necesariamente* un error. Una creencia puede llamarse *ilusión* cuando en su motivación se abre paso a la *realización de deseos*, prescindiendo de su relación con la realidad y renunciando a confirmarla. En este sentido, también hay otros patrimonios culturales ilusorios, como los supuestos que regulan las instituciones estatales o las ilusiones eróticas que enturbian las relaciones entre los sexos.

Sin embargo, a lo largo de miles de años la religión se demostró incapaz de consolar y hacer felices a la mayoría de los seres humanos, de reconciliarlos con la vida, de

convertirlos en soportes de la cultura. Por el contrario, al sacralizar la prohibición se corre el riesgo de que su cumplimiento dependa exclusivamente de la creencia en Dios. Freud propone renunciar a esta transposición de la prohibición, aceptar su fundamento social y reconocer el origen humano de las instituciones y preceptos. Así se disolverían su rigidez e inmutabilidad y en lugar de pretender abolirlas los seres humanos podrían intentar mejorarlas. Propugna así una fundamentación *racional* de los preceptos que los base en la *necesidad* social. Esta revisión de los preceptos hará posible la superación de muchos de ellos. Su propuesta es, entonces, llegar hasta las fronteras del entendimiento, hasta los límites que la necesidad impone al *Logos*.

La crítica de la razón

Thomas Mann es uno de los pensadores que mejor ha sabido situar a Freud en la historia del pensamiento moderno, al ocuparse de una pregunta que había tenido respuestas antagónicas: ¿Freud es un representante de la corriente irracional que se opone a la cultura y se dispone a anular la ilustración o por el contrario se aleja del irracionalismo, lo combate e intenta vencerlo? Mann observa que el reconocimiento de la influencia de las pulsiones no implica someterse a ellas ni escarnecer la razón. El interés por "la noche, el sueño, la pulsión, lo irracional" no entraña ponerse al servicio del oscurantismo, de la exaltación de lo retrógrado. Freud encarna lo que él mismo llamó "la voz queda de la razón" que a la larga, confía, terminará por hacerse oír. Al ocuparse del análisis, de la cura, de la verdad, procede en el sentido de la ilustración, auspiciando un orden de vida basado en la libertad y la verdad, en el conocimiento y no en la ilusión. Sin embargo, el escritor reconoce en él un escepticismo que limita al optimismo ilustrado (Mann, 1929).

Habermas ha afirmado que "como ilustrado sin ambages, Freud sigue siendo actual" (Gimbernat, 1989). No obstante, es probable que siga siendo actual precisamente porque *no* fue un ilustrado sin ambages. Freud era racionalista, pero no optimista; era escéptico pero no pesimista. A diferencia de los ilustrados, no se refiere a una razón y una historia unificadas en un movimiento de totalización. No hallamos en él la creencia en una modernidad que tendría que llevar a la humanidad al triunfo de un mundo reconciliado consigo mismo y con la razón, más allá de toda contradicción.

Algunas prohibiciones –y en consecuencia cierto grado de malestar– son consustanciales con la cultura y por lo tanto inevitables; constituyen el precio del proceso civilizador, de aquello que nos hace humanos, de modo que son también deseables. Pero además de la oposición entre cultura y sexualidad, hay “algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa” (Freud, 1930, 3042); como hemos visto, las pulsiones no constituyen una unidad ni una totalidad, de modo que la satisfacción de algunas puede exigir la represión o la insatisfacción de las otras.

No obstante, sería absurdo tachar de pesimista a uno de los pensadores críticos que han puesto de manifiesto el carácter problemático del ser humano. El malestar es inherente a la cultura no sólo por las restricciones que impone sino también porque la persistencia de los deseos, una vez que se ha interiorizado su prohibición, genera sentimientos de culpa. Sin embargo, es posible aspirar a *disminuir* el exceso de carencia y de malestar generados por instituciones imperfectas pero modificables.

En efecto, de la experiencia de lo inconsciente debería surgir la capacidad de discernimiento y de veracidad que hicieran posible una nueva responsabilidad moral, que incluyera el reconocimiento del deseo inconsciente, tanto en uno mismo como en los otros. Si la teoría de la neurosis nos hace dudar de la capacidad del ser humano para lograr la responsabilidad, en tanto se lo impiden los deseos, ideales y sentimientos de culpa inconscientes que lo determinan sin que lo sepa, la razón sólo puede ser la razón relativa de la asunción responsable de las condiciones de la propia existencia (Schöpf, 1982).

En suma, Freud no considera –como afirman sus detractores– que fuerzas oscuras y ciegas sean las motivaciones exclusivas de nuestra vida y de nuestra historia, pero tampoco es un racionalista sin ambages. No abandona la desconfianza, la sospecha, como instancia de vigilancia epistemológica, pues reconoce que la creencia en la posibilidad de progreso de la razón también puede ser una *ilusión*. Ante esta posibilidad, lo único que podemos hacer es *ponerla a prueba* y renunciar a ella si el intento falla. Pero tampoco arroja al niño con el agua de la bañera, como sucede en el caso de la crítica radical de la razón, que ofrece como única alternativa lo *otro* de la razón: la experiencia mística, lo irracional, el sinsentido, el caos.

Hay aún otros riesgos; podemos recurrir a otro sistema doctrinal que asuma desde el comienzo, para defenderse, los caracteres de sacralidad, rigidez e intolerancia; es decir, la misma *prohibición de pensar*, la sustitución de una religión por otra.

El problema es que el levantamiento de la prohibición de pensar puede conducir a cuestionar y perturbar el orden establecido. Si es cierto que es muy difícil evitar las ilusiones, y Freud reconoce que aquellas pueden filtrarse en su propia teoría, podemos aspirar al menos a que las nuestras no sean incorregibles como las religiosas y no prescindan de la realidad. La única forma de no caer en la trampa de sustituir unas ilusiones por otras, dice, es estar dispuestos a reemplazar las teorías científicas que resulten erróneas. El psicoanálisis no debe conducir a una visión particular y totalizadora del universo, en tanto una concepción semejante (*Weltanschauung*) “es una construcción intelectual que resuelve unitariamente, sobre la base de una hipótesis superior, todos los problemas de nuestro ser y en la cual, por tanto, no queda abierta interrogación ninguna” (Freud, 1933, 3191). Sólo dando libre curso a su fantasía e ignorando estas proposiciones sus detractores han podido hablar de oscurantismo y dogma. Pero el cuestionamiento de las ilusiones produce la misma herida narcisista que el descubrimiento de lo reprimido y suscita, por consiguiente, el rechazo emocional que empaña la posibilidad de una crítica racional.

Freud comprendió que, en tanto trabaja para disolver las ilusiones, al psicoanálisis no le será fácil vencer las resistencias que despierta en la sociedad, pues “la sometemos a nuestra crítica y la acusamos de tener gran parte de responsabilidad en la causación de las neurosis. Del mismo modo que nos atraemos la hostilidad del individuo al descubrir lo reprimido, la sociedad no puede pagarnos con simpatía la revelación de sus daños y de sus imperfecciones (...)” (Freud, 1910b, 1568).

La prohibición de pensar representa un peligro para el porvenir de la humanidad (Freud, 1933, 3199) Y pensar significa cuestionar, interrogar, interpretar, sin asignar un *sentido* fijo o inmutable a las proposiciones teóricas, así como no asignamos un sentido definitivo a un síntoma o a un sueño, sin dejar por ello de *buscarlo*. Pero pensar significa también reconocer los límites del pensar mismo, límites que Freud recogió en el concepto de *Ananké*: la creencia de

que *todo* es interpretable, la búsqueda de sentido a todo cuanto le sucede al ser humano y cuanto sucede en él, no es más que una nueva *Weltanschauung* que nos promete la ilusión de un saber absoluto.

III. EL MÉTODO PSICOANALÍTICO

"Puedo afirmar que la psicoterapia analítica es la más poderosa, la de más amplio alcance y la que consigue una mayor transformación del enfermo. Abandonando por un momento el punto de vista terapéutico, puedo afirmar también que es la más interesante y la única que nos instruye sobre la génesis y la conexión de los fenómenos patológicos. Por la visión que nos procura de los mecanismos de la enfermedad anímica, es también la única que puede conducirnos más allá de sus propios límites e indicarnos el camino a otras formas de influjo terapéutico."

Hoy podemos suscribir plenamente –y no diría "a pesar de" los cien años transcurridos sino "gracias a" la experiencia acumulada en ese lapso– estas palabras pronunciadas por Freud en el Colegio de Médicos de Viena el 12 de diciembre de 1904 (Freud, 1904, 1009).

En efecto, como método terapéutico, el psicoanálisis no se limita a buscar alivio sintomático sino que intenta producir una transformación en el sujeto. El procedimiento es terapéutico precisamente porque investiga los procesos psíquicos inconscientes, cuyo acceso a la consciencia modifica la posición del sujeto ante sí mismo y ante su historia vital. La aplicación del método, a su vez, condujo a Freud a la elaboración de una teoría psicopatológica que no tardó en extenderse al funcionamiento psíquico en general, borrando la rígida e ilusoria demarcación psiquiátrica entre lo normal y lo patológico: los sueños y las funciones fallidas tienen la misma estructura que los síntomas neuróticos. Finalmente, no se trata de una técnica cerrada en sí misma, sino que se concibe como un método que, fiel a la etimología, es un camino que puede conducir siempre a nuevos hallazgos.

En este sentido, no sólo es cierto que el psicoanálisis no ha sido superado, sino que ninguna otra teoría actual es capaz de dar cuenta de la problemática del ser humano como tal, es decir, de su subjetividad en tanto hablante,

en tanto deseante. Por eso, no es una teoría *psicológica* más sino una disciplina específica, en la medida en que ha creado tanto un nuevo objeto de estudio –lo inconsciente y sus efectos en todas las manifestaciones humanas– como el método adecuado para estudiarlo.

Desde el punto de vista terapéutico, es el único método que busca –o construye– el *sentido* de los síntomas, inhibiciones y demás perturbaciones psíquicas, incluyendo aquellas que conciernen al cuerpo y a la relación con los otros. Se trata, más exactamente, del sentido *inconsciente*, inaccesible a la observación externa y a la consciencia del sujeto. El estudio de la subjetividad, en efecto, requiere procedimientos diferentes de la observación –que se limita a la conducta manifiesta–, la experimentación –inaplicable el pasado y, además, limitada por la ética– o la introspección –que sólo puede acceder a lo que ya se conoce de uno mismo.

Por otra parte, la significación inconsciente se vincula con la historia de las relaciones intersubjetivas en las que se constituyó el ser hablante como tal. Esto implica que la referencia al otro está presente en la existencia desde sus comienzos y, asimismo, en el corazón de la teoría psicoanalítica. Ya en los *Estudios sobre la histeria*, que datan de 1895, Freud descubre la relación entre los síntomas y ciertos sucesos de la historia infantil o del pasado reciente en los que se hallan involucrados personajes significativos en la vida del paciente. Bastará mencionar aquí la trama familiar que se desvela en la historia clínica de Elisabeth von R., sin la cual sería imposible comprender su sintomatología. Asimismo, los cinco grandes casos clínicos publicados por Freud (Dora, el pequeño Hans, Schreber, el hombre de las ratas, el hombre de los lobos) muestran el enlace de la historia vital con la familiar; la palabra del sujeto, en la que se articulan los acontecimientos del pasado, imprime su singularidad a los discursos y mitos heredados. Llama la atención, entonces, que algunos críticos consideren que el psicoanálisis es una teoría "individualista" que estudia al ser humano aislado.

En tanto los demás métodos terapéuticos actualmente en uso, ya sea de naturaleza biológica o psicológica, pretenden suprimir el síntoma, el psicoanálisis lo entiende como un mensaje cifrado, que revela y encubre a un tiempo aquello que el sujeto no ha llegado a formular verbalmente. Revela porque es efecto del deseo inconsciente que aspira a

ser reconocido; encubre porque el yo se angustia ante los deseos que no puede controlar, opuestos a sus exigencias narcisistas y normativas o a sus ideales éticos y estéticos (superyo, ideal del yo) y se defiende mediante la represión. Esta pseudo-solución del conflicto es inestable, porque se ve constantemente amenazada por el retorno de lo reprimido, que sólo podrá producirse de una manera simbólica, "engañando" al yo mediante los enigmáticos síntomas.

Por lo tanto, toda pretensión de eliminar el síntoma sin haber accedido a su significación, *aún cuando logre su objetivo*, desconoce la dinámica intrapsíquica, el conflicto que lo ha generado, lo que equivale a desconocer que lo que está en juego es un ser humano en toda su complejidad. Y, puesto que se trata de un sujeto, el sentido sólo podrá emerger en su propio discurso, a partir de sus asociaciones u ocurrencias. Corolario de esta noción es la regla psicoanalítica fundamental: la asociación libre. Libre en un sentido muy particular, puesto que se puede apreciar que la palabra del analizante, al liberarse de todo propósito consciente, pasa a estar rigurosamente determinada por los procesos inconscientes. Recordemos que el determinismo se refiere a relaciones de sentido y no de causa-efecto. Las ocurrencias tendrán, entonces, un valor significativo análogo al de los síntomas, sueños o lapsus.

La asociación libre indica, además, que el procedimiento psicoanalítico se define como una relación de palabras: no hay otro instrumento que la palabra y la escucha. Los fallos y equívocos del lenguaje permiten escuchar lo que el sujeto no quiere decir (porque no lo sabe) y posibilitan así la enunciación del deseo inconsciente. El proceso de asociación y elaboración –en el que el psicoanalista interviene mediante la interpretación y la construcción, como veremos más adelante, se despliega en el discurso; lo inconsciente, aunque atemporal, produce sus efectos en la dimensión temporal de la palabra.

La función de la palabra

La primera referencia freudiana al respecto, anterior aún a la fundación del psicoanálisis, corresponde a la eficacia simbólica de la palabra. En un artículo escrito en 1890 para una enciclopedia, titulado *El tratamiento psíquico*, Freud habla de la cura de las perturbaciones anímicas y corporales con un medio que actúa inmediatamente sobre lo psíquico: "Tal medio es ante todo la palabra, y las pala-

bras son también el instrumento esencial del tratamiento psíquico. Seguramente para el lego será difícil comprender que se puedan vencer las enfermedades del cuerpo y del alma mediante 'meras' palabras del médico. Pensará que se lo alienta a creer en la magia. Al hacerlo no se equivoca tanto; las palabras de nuestro hablar (*Reden*) cotidiano no son otra cosa que magia descolorida. Será necesario, sin embargo, dar un rodeo para hacer comprensible cómo la ciencia se las arregla para devolver a la palabra al menos una parte de su antiguo poder mágico" (Freud, 1890, 17)⁶. Este rodeo supone varios momentos:

1. En la cura psicoanalítica la *magia* o eficacia simbólica no corresponde a la palabra del psicoterapeuta sino a la del paciente. El lugar del psicoanalista no es el del chamán, al decir de Lévi-Strauss, sino que requiere el desarrollo de una particular forma de escucha que ha de ir más allá del sentido convencional de los discursos establecidos. Fueron los pacientes de Freud quienes exigieron ser escuchados, revelando el deseo de hablar "libremente", sin guía ni orientación alguna, tal como se aprecia en la historia clínica de Emmy von N. En ella, Freud comienza por observar que "sucede como si la paciente se hubiera apropiado de mi procedimiento..." (Freud, 1895b, 47). En efecto, cuando él la interrumpe Emmy dice, malhumorada, "que no debo preguntarle continuamente de dónde viene esto o aquello, sino que debo dejarla relatar lo que ella me quiere decir" (Freud, 1895b, 52). Freud ya había constatado que sus propias interrupciones eran contraproducentes: "Observo que de ese modo no consigo nada, que no puedo ahorrarme el escucharla hasta el final en cada tema" (Freud, 1895b, 51). Notemos cuán lejos está Freud, por un lado, de la epistemología de la mirada propia de la clínica médica y, por otro, de las psicoterapias directivas, que buscan modificar la conducta o los esquemas cognitivos a partir del saber del terapeuta, sin preguntarse por la significación que aquellos tienen en la biografía del sujeto. Precisamente ha sido su capacidad de *escuchar* al otro, sustrayéndose a la actitud del chamán, lo que hizo posible el nacimiento del psicoanálisis; la incapacidad del psicoterapeuta para escuchar torna imposible el acceso a la subjetividad y, lo que es aún más grave, niega al sujeto su condición de tal. Señalemos también la enorme influencia innovadora que tuvo esta perspectiva en la psiquiatría, al hacer

posible la comprensión de manifestaciones que hasta entonces se consideraban carentes de sentido o se atribuían exclusivamente a causas orgánicas. A Freud le debemos tanto el surgimiento de la psiquiatría dinámica como el abandono del nihilismo terapéutico dominante en la Facultad de Medicina de Viena (Johnston, 1972).

2. Si la expresión verbal es eficaz en la cura, ello se debe a que una experiencia o representación psíquica, que no llegó a ser formulada en palabras, se abrió camino mediante la producción del síntoma. El método psicoterapéutico tiene, entonces, su correlato en el desarrollo de la psicopatología. Además, el modelo explicativo del síntoma encuentra un eco en el análisis de los sueños, chistes, lapsus y diversos tipos de funciones fallidas, de modo que la teoría psicopatológica se amplía para abarcar todas las funciones y manifestaciones de nuestra vida cotidiana. Como ya he señalado, la eliminación de las fronteras rígidas entre lo normal y lo patológico constituye una de las aportaciones más relevantes del pensamiento freudiano. Sería utópico esperar que semejante atentado a la construcción imaginaria de la "normalidad" no despertara rechazo...
3. Si aquello que no pudo acceder a la palabra en la situación traumática postulada como origen de la histeria encuentra una forma de expresión simbólica en los síntomas, también la interpretación habrá de situarse en el plano de la significación.

En consecuencia, la deconstrucción del *poder mágico de las palabras* se produce mediante una triple inversión dialéctica, al efectuar el pasaje:

- I. De la eficacia sugestiva de la palabra del terapeuta al discurso del analizante, enunciado bajo la forma de asociación libre.
- II. De los intentos de eliminación del síntoma al descubrimiento de su origen, lo que da lugar a la articulación –mediante la operación del lenguaje– del método de investigación, el método psicoterapéutico, la teoría de las neurosis y, más adelante, la teoría del funcionamiento psíquico en general.
- III. De la localización corporal de la enfermedad a la reformulación de los síntomas neuróticos como *otro*

lenguaje que es necesario descifrar y cuyas leyes hay que descubrir (Tubert, 1999, 208-9).

El caso de Elisabeth von R. muestra este proceso de manera paradigmática. Freud refiere que pudo esclarecer el origen de una zona histerógena atípica cuando la paciente, al referirse a sus dolores en las piernas, relató que sobre esa zona dolorida del muslo su padre había apoyado cada mañana su pierna enferma, mientras ella le cambiaba las vendas. Pero luego las piernas doloridas comenzaron a "participar en la conversación" (*mitsprechen*), a hablar junto con Elisabeth: cada vez que aparecía un recuerdo referido a ese fragmento de su historia se presentaba también la sensación dolorosa, que se mantenía mientras ella continuaba dominada por ese recuerdo, alcanzaba su culminación cuando se disponía a relatar lo esencial y decisivo del mismo y desaparecía con las últimas palabras referidas a ese tema.

"Así aprendí a utilizar este dolor como una brújula", escribe Freud, "Cuando ella se callaba, pero el dolor permanecía, sabía que aún no lo había dicho todo" (Freud, 1895b, 120). El dolor, entonces, como cualquier otro síntoma, ya no es considerado como el problema a atacar sino como "brújula", como algo que señala el camino hacia otro espacio. Y desaparece cuando su traducción a palabras lo despoja de su función. La localización del síntoma neurótico en el cuerpo, en consecuencia, está determinada por un sistema de representaciones cuya expresión plástica se vincula con algún giro verbal. La perturbación de la función se produce o se intensifica mediante un proceso de simbolización. En el caso de Elisabeth von R., la astasia-abasia facilitaba la expresión somática de su dependencia y de su impotencia frente a diversos problemas y desgracias familiares y personales. Algunas locuciones (*Redensarten*) como "no avanzar" (*nicht von der Stelle kommen*), "no tener apoyo" (*keinen Anhalt haben*) proporcionaban un *punte* para el proceso de conversión (Freud, 1895b, 143).

Es decir, un *punte verbal*, una frase, opera como intermedio entre el dolor y ciertas representaciones teñidas de afecto: el salto interpretativo del dolor físico al psíquico se produce merced a esta mediación lingüística. En este contexto Freud evoca el caso de Cecilia: el dolor en el talón derecho que le impedía andar desaparece cuando ella pronuncia una frase: temía "no entrar con buen pie" en un medio social desconocido. La expresión alemana *rechte*

Auftreten significa tanto "pisar bien" como "presentarse correctamente". También en este caso apreciamos que el puente verbal se establece por la polisemia de las expresiones empleadas.

Es evidente la originalidad –y la vigencia actual– de la concepción freudiana del síntoma histérico como simbolización que se opera mediante una expresión lingüística (*sprachliche Ausdruck*) (Freud, 1895b, 148). Es innegable que, si las palabras reemplazan a los síntomas en el proceso de curación, es válido postular que han sido las palabras las que les dieron su forma específica. Al interpretar literalmente una expresión verbal como si se tratara de "una puñalada en el corazón" o "una bofetada", es decir, al experimentarla como un suceso o acto real, el histérico no está jugando abusivamente con las palabras, sino que simplemente revive las sensaciones que, precisamente, constituyen el referente de esa expresión verbal. La diferencia entre una enunciación "normal" y otra histérica es la misma que existe entre los usos figurado y literal del lenguaje. La estructura misma del lenguaje hace posible este doble uso, articulando así la construcción individual de la significación y las propiedades generales de la lengua (Forrester, 1989).

Como hemos visto, si el síntoma es la expresión de enunciados que no pudieron ser formulados en su momento, la cura consiste en poner en palabras los recuerdos investidos de afecto que habían llegado a configurar síntomas. Se establece así una oposición entre la operación del lenguaje en el proceso de formación de síntomas y su función en el análisis. En efecto, Freud considera que el síntoma histérico se funda en un tipo particular de formación de símbolos; en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* especifica que se trata de una simbolización rígida que sustituye completamente la cosa por el símbolo; esta *incommovible* simbolización constituye una "función en exceso" que va más allá de la defensa normal (Freud, 1895a, 249; 251). Por el contrario, el discurso del analizante es de carácter fluctuante; su significación deriva, por un lado, de su historia vital y, por otro, de su relación transferencial con la persona del analista. Como ha observado Forrester, la antítesis freudiana entre memoria y percepción-consciencia se puede vincular con la oposición entre lengua y habla. La *lengua* representa el apoyo de toda permanencia simbólica, el medio por el cual los seres humanos conservan –y crean– el pasado, el recuerdo que insiste como

reminiscencia en el síntoma. El *habla*, precisamente por su carácter efímero, hace posible disolver, transformar y olvidar las marcas que el lenguaje ha dejado en el sujeto (Forrester, 1989, 162-164).

Pero el habla del analizante también tiene un carácter sintomático: los lapsus, los sueños, los chistes, dicen lo que podría ser verbalizado, pero lo hacen "con otras palabras". El eje del trabajo analítico es una estructura lingüística rígida, que se repite continuamente, ya sea a través de un síntoma corporal o de expresiones verbales. Se puede decir que el neurótico no dispone de la multiplicidad de combinaciones potenciales propias de todo lenguaje humano, sino que ha quedado literalmente atrapado en la repetición de unas pocas fórmulas, como se observa particularmente en el caso del pensamiento obsesivo.

El campo del lenguaje es, entonces, el que establece los límites del campo analítico, tal como define, para Wittgenstein, los límites del propio mundo.

Significación de la transferencia

Es importante destacar que, a partir de su práctica clínica, Freud formuló dos conceptos esenciales y específicos del psicoanálisis, que lo diferencian de los demás métodos psicoterapéuticos: transferencia y resistencia. En uno de sus escritos sobre técnica, *La dinámica de la transferencia*, indica desde el título mismo que entiende la cura como un proceso determinado por un juego de fuerzas. Se trata de la puesta en escena del conflicto entre las defensas del yo y lo reprimido, el mismo conflicto que subyace a la producción de síntomas neuróticos. Si nos limitamos a una demanda manifiesta de curación no comprenderemos los fenómenos transferenciales, que constituyen la clave tanto de las resistencias del analizante al trabajo analítico como de la posibilidad de su prosecución.

Las disposiciones y experiencias de la infancia establecen la modalidad de la vida erótica "fijando los fines de la misma, las condiciones que el sujeto habrá de exigir en ella y las pulsiones que en ella habrá de satisfacer" (Freud, 1912a, 1648). Esa modalidad se repite luego, en el curso de la vida, de una manera regular, en la medida en que las circunstancias y los objetos eróticos accesibles lo permitan. Me gustaría subrayar que la compulsión a la repetición no supone una negación de la posibilidad de todo cambio,

como se piensa con frecuencia; eso sería más bien lo que caracteriza a la neurosis: la simbolización inmovible, la función en exceso. El modelo, o serie de modelos, estructurados en la infancia, es "susceptible también de alguna modificación bajo la acción de las impresiones recientes" (Freud, 1912a, 1648).

Pero no todas las tendencias que configuran la vida erótica son accesibles a la consciencia; aquellas que han sido reprimidas sólo pueden desplegarse en la fantasía o permanecer inconscientes. Entonces intentarán satisfacerse dirigiéndose hacia nuevos objetos, entre ellos el psicoanalista. Esta transferencia libidinal no se presenta sólo en el tratamiento psicoanalítico sino también en cualquier contexto terapéutico; lo que singulariza al psicoanálisis es el hecho de analizarla, transformando en instrumento terapéutico lo que constituía un obstáculo. En efecto, la transferencia surge bajo la forma de resistencia opuesta a la cura. ¿Cómo se explica esta paradoja?

En la neurosis la represión se acompaña de la regresión de la libido, que reactiva los complejos infantiles o, más exactamente, sus elementos inconscientes. La cura analítica se propone hacerlos conscientes para que la libido, accesible a la consciencia, no necesite ya satisfacerse en las fantasías implícitas en los síntomas. Como es de esperar, las fuerzas represoras que motivaron la regresión de la libido se opondrán a la investigación analítica. Además la libido, alejada de la realidad, ha quedado fijada a aquellos complejos: "Para libertarla tiene que ser vencida esta atracción de lo inconsciente, lo cual equivale a levantar la represión de las pulsiones inconscientes y de sus productos" (Freud, 1912a, 1650).

La búsqueda de las raíces inconscientes de las representaciones accesibles a la consciencia –incluidas aquellas que se manifiestan como síntomas– encuentra, tarde o temprano, la resistencia a su desvelamiento y en este punto interviene la transferencia. Llamamos *positiva* a la transferencia de sentimientos afectuosos que facilitan la prosecución de las asociaciones y, mientras su acción es favorable al análisis, no la advertimos ni necesitamos ocuparnos de ella. La *negativa* corresponde a sentimientos hostiles que dificultan o impiden continuar el trabajo analítico. No obstante, la transferencia que se pone al servicio de la resistencia no es siempre la negativa; puede serlo también la positiva, cuando no corresponde a sentimientos

cariñosos conscientes sino más bien a impulsos eróticos reprimidos.

Cada vez que la investigación psicoanalítica se acerca a un complejo patógeno, el elemento que se presenta en la consciencia es precisamente el más adecuado para ser transferido a la figura del terapeuta y, a la vez, el que despierta mayor resistencia generando, por ejemplo, la interrupción de las asociaciones. Este proceso se desencadena en el momento en que están a punto de desvelarse contenidos reprimidos especialmente importantes, lo que pone de manifiesto el carácter dual de la transferencia: es una forma de resistencia al mismo tiempo que indica, como una brújula, la proximidad del conflicto inconsciente. Este carácter nos permite concebirla como un nuevo síntoma, en tanto hay una equivalencia estructural y dinámica entre las reacciones transferenciales y los síntomas propiamente dichos. Su naturaleza sintomática implica que no se trata de repeticiones literales sino de equivalentes simbólicos de lo transferido.

La deformación por medio de la transferencia, análoga a la transposición del sueño latente en sueño manifiesto o al disfraz del deseo inconsciente conflictivo mediante el síntoma, se convierte en el proceso analítico en un derivado privilegiado de lo inconsciente. En consecuencia, la transferencia es la escena en la que habrán de dirimirse los conflictos reprimidos, que se *reviven* en la medida en que no pueden ser *recordados*: lo que no se puede reproducir como *recuerdo* se repite como *acto*. Por ejemplo, la rebeldía infantil contra la autoridad paterna se repite bajo la forma de enfrentamiento con el terapeuta. La compulsión a repetir es, entonces, una manera especial de recordar y la transferencia es una repetición del pasado "olvidado", que corrobora la permanencia y la fuerza de los deseos y fantasmas inconscientes (Freud, 1914a, 1684–5).

No se trata de una actualización de relaciones efectivamente vividas sino, fundamentalmente, de la realidad psíquica. Más precisamente, lo que se repite es todo aquello que, a partir de lo reprimido, ha pasado a formar parte de la personalidad: impulsos insatisfechos, inhibiciones, rasgos de carácter. La enfermedad no es sólo una cuestión histórica sino un poder actual y real; el trabajo terapéutico consiste, en gran medida, en reconducirla al pasado (Freud, 1914a, 1686).

¿Cómo funciona, entonces, el método psicoanalítico? Su eficacia resulta de transformar en consciente lo inconsciente, llenando las lagunas de la memoria: "levantamos las represiones, anulamos las precondiciones que presiden la formación de síntomas y transformamos el conflicto patógeno en un conflicto normal que acabará por hallar alguna solución" (Freud, 1915-17, 2393). Sin embargo, no se trata meramente de descubrir lo inconsciente y comunicárselo al paciente; esto no produce modificación alguna puesto que, como hemos visto, existen *resistencias* que se empeñan en mantener la represión. Es necesario descubrirlas vencerlas resistencias para levantar la represión y acceder a lo inconsciente; se desarrolla así una lucha entre motivaciones contrarias: la que pretende descubrir las causas del sufrimiento psíquico inherente a los síntomas, y la que ha provocado originariamente la represión. De este modo, se reanima el antiguo conflicto con las exigencias libidinales, que el yo débil e infantil sólo fue capaz de controlar mediante la represión: por eso la resistencia, que se presenta como obstáculo, se convertirá al ser analizada en un instrumento para acceder a lo reprimido.

"El medio de vencer la transferencia es demostrar al enfermo que sus sentimientos no son producto de la situación del momento ni se refieren, en realidad, a la persona del médico, sino repiten una situación anterior de su vida" (Freud, 1915-1917, 2399). La transferencia se convierte en recurso terapéutico, al permitir el acceso a sectores encubiertos de la vida psíquica, en la medida en que la repetición es sustituida por la rememoración.

Estos conceptos muestran la especificidad del método psicoanalítico: ningún otro sistema psicoterapéutico toma en consideración la escenificación del conflicto psíquico en la situación clínica, es decir, la transferencia como derivado de lo inconsciente que lo revela y lo encubre a un tiempo, y cuyo análisis permite trascender los límites de la consciencia, de la voluntad y de la demanda del sujeto.

Por otra parte, en tanto la transferencia se funda la pervivencia del pasado en el presente, se comprende la pertinencia de un enfoque histórico-genético para descifrar –o construir– la significación de los síntomas y demás manifestaciones del analizante. Con frecuencia se critica al psicoanálisis por remontarse al pasado en lugar de centrarse, como otros sistemas psicoterapéuticos, en el conflicto actual. Pero, ¿es posible comprenderlo sin tomar

en consideración sus raíces históricas? Lo que tiene validez para la historia social también la tiene para la individual: su desconocimiento nos condena a repetirla; sólo la recuperación de la memoria y la elaboración consiguiente permiten romper el círculo de la repetición y, por consiguiente, ganar grados de libertad.

Interpretación y construcción

¿De qué modo interviene el psicoanalista en este proceso? Si el paciente debe observar la regla de la asociación libre, diciendo todo lo que se le ocurre sin ejercer ningún tipo de autocritica, el analista debe escucharlo con una *atención flotante*. Es decir, en la suspensión, tan completa como sea posible, de todo lo que habitualmente orienta nuestra atención al escuchar: inclinaciones personales, prejuicios, presupuestos teóricos, por fundados que éstos sean. Esta regla permitirá al analista descubrir las conexiones inconscientes en el discurso del paciente, conservando en su memoria una diversidad de elementos que aparentemente carecen de importancia pero que, con el tiempo, pueden demostrar su valor.

La propuesta de la atención flotante plantea un problema. La técnica de la asociación libre supone que al abandonar las representaciones finales conscientes, que habitualmente ordenan nuestro pensamiento según las reglas de la lógica y de la sintaxis, aquéllas son reemplazadas por representaciones finales inconscientes. Podemos sospechar, entonces, que cuando el analista asume la actitud de la atención flotante, serán sus propias motivaciones inconscientes las que orienten su atención.

La solución que Freud aportó al problema de la intervención de la subjetividad del terapeuta –y que sigue siendo rigurosamente respetada por todas las corrientes del psicoanálisis contemporáneo– es la exigencia de que aquél haya pasado por la experiencia de un análisis personal, elemento clave de la formación psicoanalítica. Esta se completa con la formación teórica y clínica, que incluye la supervisión o control, con un analista experimentado, de los tratamientos que lleva a cabo. De todos modos, sea cual fuere su formación y su experiencia, el analista debe proseguir la investigación de su propia personalidad. Sobre todo, es preciso analizar permanentemente su *contra-transferencia*, es decir, sus reacciones inconscientes tanto ante la persona del analizante como ante la transferencia

que éste despliega. El reconocimiento de la ineludible intervención de la subjetividad del analista conduce a un continuo retorno crítico sobre la situación clínica.

Como hemos visto, la intervención psicoanalítica tiende a descifrar los fenómenos transferenciales mediante su referencia al pasado, con el fin de *evocarlo* en lugar de *actuarlo*, para que los deseos o conflictos inconscientes se reproduzcan en el terreno psíquico en lugar de ser derivados mediante actos. Cuando indica que la tarea del psicoanalista es "hacer surgir lo que ha sido olvidado a partir de las huellas que ha dejado tras de sí o, más correctamente, *construirlo*" (Freud, 1937, 3366), Freud establece una distinción entre dos procedimientos: *interpretación* y *construcción*.

La interpretación se aplica de manera puntual a un elemento sencillo y tiende a subrayar las repeticiones, lapsus y lagunas del discurso del analizante, para desvelar el deseo inconsciente y los fantasmas en los que se "realiza". En el curso del tratamiento, el psicoanalista realiza también otro tipo de intervenciones que, aunque diferentes de la interpretación propiamente dicha, pueden asumir en el contexto transferencial un valor interpretativo. Es lo que sucede cuando estimula al analizante a hablar, lo reasegura, le explica algún mecanismo o un símbolo, etc.

La *construcción* es una elaboración más amplia que la interpretación, un intento de dar cuenta de un fragmento de la verdad histórica (Freud, 1937b, 3373). Es difícil cumplir el objetivo ideal de la cura, es decir, alcanzar una rememoración total de la historia del sujeto, superando la amnesia infantil. En consecuencia, el analista puede verse obligado a realizar esa elaboración, que intenta reconstruir un fragmento olvidado de su historia, y comunicarla al paciente; si la construcción es adecuada y se formula en el momento oportuno, puede tener eficacia terapéutica e incluso hacer resurgir recuerdos reprimidos. Notemos que Freud no habla de reconstrucción ni de recuperación del pasado olvidado, sino de algo que participa del carácter de la ficción, pero que puede ser eficaz porque recoge, aunque fragmentariamente, aquella verdad y permite encontrar, o conferir, un sentido a la realidad opaca y enigmática del sujeto, de su sufrimiento, de su pasado. La construcción es "una conjetura que espera examen" (Freud, 1937b, 3370), concerniente a un fragmento de la historia del analizante, formulada a partir de indicios del pasado presentes en sus

síntomas, en los rasgos de su carácter y en su discurso. Se trata de una hipótesis que habrá de ser confirmada o rechazada en función de las asociaciones u ocurrencias subsiguientes.

El psicoanálisis, como método de interpretación, difiere de toda exégesis teológica, moral y escatológica de los símbolos y, por lo mismo, no busca la *restauración* del sentido. A lo que remite es a la historia del sujeto, en tanto no se confunde con el pasado sino que es reconstrucción, construcción, trabajo de *creación de sentido*. No hay revelación ni emergencia de un sujeto *verdadero*; por el contrario, nos vemos enfrentados permanentemente con la división, la fragmentación, la multiplicidad. Pero el trabajo de producción de sentido puede liberarnos de la neurosis, en tanto ésta es un circuito estancado en el que se repite aquello que no llegó a constituirse como historia (Pontalis, 1957). Esta producción de sentido se abre a la multiplicidad sin acceder jamás a la totalización ni a la unificación.

En consecuencia, se presenta como una tarea *imposible* en tanto jamás se logra restituir completamente el pasado, ni dar palabras a lo reprimido hasta el punto de agotarlo; aunque tenga siempre un punto final por razones prácticas, es en sí mismo inacabable. Además de los factores que inciden en sus resultados –la etiología traumática de la enfermedad, la intensidad de las pulsiones y la alteración del yo–, Freud considera que la imposibilidad de dar cuenta de lo real opera como límite de la actividad psicoanalítica. No es factible transponer totalmente la realidad humana, la experiencia, el pasado vivido, al terreno psíquico de la representación o de la expresión verbal: el discurso se detiene cuando topa con la *roca* de la castración, con el hecho biológico de la diferencia sexual, ese *gran enigma* (Freud, 1937a, 3364).

Es notable el contraste entre este enfoque y las psicoterapias que prometen la felicidad merced a la aplicación omnipotente de fórmulas prefabricadas que ignoran tanto la singularidad subjetiva como sus propios límites. En oposición a lo que algunos creen, el método psicoanalítico excluye la formulación de interpretaciones según un código y de construcciones en función de la teoría; ambas resultan de la escucha del discurso singular del sujeto, y su validez se juzga por sus efectos, es decir, por las representaciones o recuerdos que permiten –o no– evocar. "El camino que empieza en la construcción del analista debería acabar en

los recuerdos del paciente", aunque no siempre se puede llegar a ellos (Freud, 1937, 3371) En este caso, su valor se juzga por sus efectos terapéuticos; la construcción es eficaz en la medida en que acoge una parte de la experiencia perdida y permite así "liberar el fragmento de verdad histórica de sus distorsiones y relaciones con el presente y hacerlo remontar al momento del pasado al cual pertenece" (Freud, 1937, 3372).

Ética y límites de la técnica

Ninguna propuesta psicoterapéutica puede concebirse como ajena a la ética: Freud aconseja al psicoanalista el distanciamiento afectivo necesario para abstenerse de todo encarnizamiento terapéutico y de toda ambición pedagógica, para renunciar a sus propios deseos y crear las condiciones para que el analizante se constituya en sujeto de su propio deseo. El analista debería contentarse con ayudar al sujeto a recuperar "su capacidad funcional y de goce", sin poner en juego su propia individualidad; "... debe permanecer impenetrable para el enfermo y no mostrar, como un espejo, más que aquello que le es mostrado", afirma en "Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico" (Freud, 1912b, 1658).

Freud insiste en su rechazo a "adueñarse" del analizante para "estructurar su destino" e imponerle los ideales propios. Sin embargo, lo primordial es la flexibilidad requerida por la consideración de cada sujeto en su singularidad: en circunstancias especiales, el analista puede intervenir ocasionalmente como consejero o educador. "Pero en estos casos –añadirá más tarde– habremos de actuar siempre con máxima prudencia, tendiendo a desarrollar y robustecer la personalidad del paciente en lugar de imponerle las directrices de la nuestra propia" (Freud, 1918, 2461). En términos generales, imponer al analizante una determinada concepción del universo, aún cuando se realice con las mejores intenciones, constituye una *violencia*.

Evidentemente, la actitud adecuada sólo es posible si el terapeuta se ha sometido, a su vez, a un psicoanálisis personal, para vencer sus propias resistencias merced al reconocimiento de "aquellos complejos propios que pudieran perturbar su aprehensión del material suministrado por los analizados" (Freud, 1913, 1657). Ningún otro método exige al terapeuta colocarse inicialmente en el lugar del paciente, comprobar en sí mismo el procedimiento, en este

caso, hacer la experiencia de lo inconsciente que limita el narcisismo del yo y exige asumir el desconocimiento –de sí y del otro– como punto de partida y como frontera.

No es este el único límite que debe asumir el psicoanalista. En primer lugar, en "La iniciación del tratamiento" Freud señaló que, como en el juego de ajedrez, "sólo las aperturas y los finales pueden ser objeto de una exposición sistemática exhaustiva, a la que se sustrae en cambio totalmente la infinita variedad de las jugadas siguientes a la apertura." Más allá de la regla fundamental de la asociación libre, se limitó a formular algunas pautas o "consejos", indicando que "la extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas dadas, la plasticidad de todos los procesos psíquicos y la riqueza de los factores que hemos de determinar se oponen también a una mecanización de la técnica" (Freud, 1913, 1661). La intervención de factores emocionales (resistencias mencionadas al comienzo de este trabajo) es lo único que nos permite comprender que lo consideren "dogmático" sus detractores, inclusive aquellos psicoterapeutas que aplican "protocolos" estandarizados despreciando la singularidad de los sujetos. O que quienes pretenden ser psicoanalistas y al mismo tiempo haber superado al psicoanálisis traten de desacreditarlo afirmando que se ha limitado a proponer un procedimiento único para la cura de cada tipo de neurosis.

En segundo lugar, lejos de postular su método como panacea, Freud se preocupó por consignar que no está indicado en todos los casos. Más aún, cuando resultaba difícil decidir desde un principio si el psicoanálisis está indicado, propone un "ensayo previo" para ahorrar al paciente, en caso de constatar que no lo está, "la penosa impresión de una tentativa de curación fracasada", puesto que sólo se ha tratado de un "período de prueba" (Freud, 1913, 1661).

Como vemos, Freud ha respondido por anticipado a críticas que, sorprendentemente, se siguen planteando en la actualidad. Otra de ellas se refiere a la prolongada duración de la cura. Aunque sería de desear que la cura pudiera abreviarse, no es fácil si se aspira a lograr "modificaciones anímicas algo profundas"; el tiempo es necesariamente proporcional al trabajo y al resultado (Freud, 1913, 1665). El intento de resolver y eliminar únicamente algún síntoma aislado conduce al fracaso, puesto que la neurosis "posee los caracteres de un organismo, y sus fenómenos parciales no son independientes entre sí, sino que se condicionan y se apoyan

unos a otros". Si fuera posible eliminar algún síntoma particularmente intolerable, podría producirse la intensificación de otro más leve o la aparición de uno nuevo (Freud, 1913, 1666). La duración de la cura depende de la complejidad, tanto de los procesos que subyacen a los síntomas como de los que se desencadenan en la relación transferencial.

Debemos añadir que sobre la base de la teoría y de la escucha psicoanalítica se han desarrollado variantes técnicas que permiten abordar, por un lado, la cura de niños, de pacientes psicóticos o el tratamiento grupal y, por otro, la asistencia en instituciones, como hospitales y centros de

salud. Más allá de la aplicación rigurosa de la técnica, la comprensión psicoanalítica puede llevarse a distintos ámbitos sociales y culturales: la extensión de sus aplicaciones es una prueba de su vitalidad.

He intentado mostrar que el psicoanálisis, tanto en sus procedimientos técnicos como en sus fundamentos teóricos, implica una actitud ética en la medida en que respeta la complejidad de lo humano, rechaza el reduccionismo que despoja al sujeto de su condición de tal y difiere de los métodos normativos y reeducativos que buscan la adaptación social y la rentabilidad.

NOTAS

- 1 Freud colocó la divisa del escudo de París, cuyo emblema es un barco, y que Herrero Llorente traduce como "Es batido por las olas, pero no se hunde" (1992, 170) como epígrafe en su trabajo "Historia del movimiento psicoanalítico" (1914c, T.II, 1895).
- 2 No es este el sitio adecuado para considerar los problemas que plantean la práctica y la transmisión del psicoanálisis en la actualidad o los efectos indeseables de su institucionalización. Puesto que la efemérides corresponde a su creador, me interesa destacar sobre todo las potencialidades de su pensamiento.
- 3 Una bonita historia al respecto: una joven médica, que no aprecia mucho al psicoanálisis, sueña en febrero pasado que Freud le recuerda que pronto será su cumpleaños, y le pregunta qué piensa regalarle. Se interroga acerca del significado de su sueño y se le ocurre que Freud lo interpretaría como un regalo de cumpleaños (Thaden, 2006, 33).
- 4 Las bastardillas son mías.
- 5 XLSemanal (ABC), N.º 966, 30 de abril a 6 de mayo de 2006, pp.26-27. Por lo demás, el absurdo esquema de los "herederos" del psicoanálisis es

una reproducción casi textual del aparecido en Newsweek el 27 marzo de 2006.

- 6 Toda vez que remito a la edición alemana, la traducción es mía. En la edición de las Obras Completas de Biblioteca Nueva este artículo lleva por título "Psicoterapia" y está datado en 1905 que es, en realidad, la fecha de la 3.ª edición de la obra colectiva en la que se publicó: *Die Gesundheit: Ihre Erhaltung, ihre Störungen, ihre Wiederherstellung*, ed por Kossmann y Weiss, Stuttgart (1890): Berlín y Leipzig, Union Deutsche Verlagsgesellschaft.

BIBLIOGRAFÍA

- Ansermet, François y Magistretti, Pierre (2006): *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires, Katz.
- Austin, J. L. (1975): *How to do Things with Words*, Oxford-N.Y., Oxford Univ. Press.
- Bourdieu, Pierre (1982): *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*, París, Pierre Fayard.
- Cassirer, Ernst (1956): *Esencia y efecto del concepto de símbolo*, México, F.C.E., 1989.

Recibido: 30 de noviembre de 2006

Aceptado: 15 de diciembre de 2006

- Forrester, John (1989): *El lenguaje y los orígenes del psicoanálisis*, México, FCE.
- Freud, Sigmund (1890): "Psychische Behandlung (Seelenbehandlung)", en Freud, S. (1982): *Studienausgabe, Ergänzungsband*, Francfort, Fischer Verlag. Versión castellana: "Psicoterapia (Tratamiento por el espíritu)", O.C. T. I.
- Freud, Sigmund (1895a): "Proyecto de una psicología para neurólogos", *Obras Completas*. T.I., Madrid, Biblioteca Nueva.
- Freud, Sigmund (1895b): en Freud, S. y Breuer, Joseph (1985): *Studien über Hysterie*, Francfort, Fischer Verlag. Versión castellana "La histeria", O.C. T. I.
- Freud, Sigmund (1904): "Sobre psicoterapia" O.C. T. I.
- Freud, Sigmund (1910): "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1910a): "Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión", O.C. T. II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981.
- Freud, Sigmund (1910b): "El porvenir de la terapia psicoanalítica", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1912a): "La dinámica de la transferencia", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1912b): "Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1913): "La iniciación del tratamiento", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1914a): "Recuerdo, repetición y elaboración", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1914b): "Introducción al narcisismo", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1914c): "Historia del movimiento psicoanalítico", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1917): "Una dificultad del psicoanálisis", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1915-1917): "Lecciones introductorias al psicoanálisis", O.C. T. II.
- Freud, Sigmund (1918): "Los caminos de la terapia psicoanalítica", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1919): "Pegan a un niño", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1920): "Más allá del principio del placer", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1924): "Las resistencias contra el psicoanálisis", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1925): "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1927): "Die Zukunft einer Illusion", *Studienausgabe Band IX*, Francfort, Fischer, 1982. ("El porvenir de una ilusión", O.C. T. III).
- Freud, Sigmund (1930): "El malestar en la cultura", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1933): "El problema de la concepción del universo", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1937a): "Análisis terminable e interminable", O.C. T. III.
- Freud, Sigmund (1937b): "Construcciones en psicoanálisis", O.C. T. III.
- Gimbernat, José Antonio (1989): Entrevista con Habermas, *El País*, 1-6-89.
- Herrero Llorente, Víctor-José (1992): *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Madrid, Gredos.
- Johnston, William M. (1972): *The Austrian Mind. An Intellectual and Social history, 1848-1938*, Univ. of California Press, cap. 16.
- Juignet, Patrick (2006): *La psychanalyse. Histoire des idées et bilan des pratiques*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.
- Mann, Thomas (1929): "Die Stellung Freuds in der modernen Geistesgeschichte", *Die Psychoanalytische Bewegung* I.
- Mannoni, Octave (1977): "El psicoanálisis y la descolonización de la humanidad", en *Freud. El hombre, su mundo, su influencia*, dirección a cargo de Jonathan Miller, Barcelona, Destino, 1977.
- Pontalis, J. B. (1957): *Vigencia de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Siglo Veinte.
- Reguera, Isidoro (2006): "Una mitología poderosa", *El País*, 6.5.2006.
- Roudinesco, Elisabeth (2000): *¿Por qué el psicoanálisis?* Barcelona, Paidós.
- Roth, Gerhard (2006): "Die Seele gehört nicht mir" (El alma no me pertenece), *Die Zeit Wissenschaft* N.º 9, 23 febrero.
- Schöpf, Alfred (1982): *Sigmund Freud*, Munich, C.H. Beck.
- Thaden, Elisabeth von (2006): "Was bleibt von Freud?", *Die Zeit Wissenschaft* N.º 9, 23 febrero.
- Tubert, Silvia (1999): *Malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Tubert, Silvia (2000): *Sigmund Freud*, Madrid, EDAF.